EL FILÓSOFO «ANTONIO MACHADO»

La muy abundante bibliografía que el poeta Antonio Machado suscitó en los últimos años ha dado por resultado un mejor conocimiento de su obra, una nueva aproximación a su biografía y una mayor profundidad en el análisis, tanto de los aspectos formales y estilísticos como del contenido de su mensaje. En este último aspecto, la crítica actual ha reconocido plenamente —sobre todo, entre los jóvenes historiadores de la filosofía en España— la importancia de sus contenidos filosóficos. Hoy son amplios los círculos intelectuales donde se acepta que Antonio Machado fue filósofo, además de poeta, si es que no fue —opinión que es la más común— ambas cosas a la vez. En un reciente libro colectivo, escrito todo él por algunos de esos jóvenes a los que antes aludía, se dice lo siguiente:

«Convencidos de la enorme actualidad filosófica presente en la reflexión machadiana, los filósofos que han escrito este libro han pretendido captar aquellas intuiciones del autor de *Campos de Castilla* que, de una u otra manera, han sido reelaboradas y desarrolladas por pensadores como Walter Benjamín, Max Weber, Theodor W. Adorno, hasta llegar a las actuales preocupaciones metaéticas de los Apel, Habermas, etc. Con ellos se pretende iluminar aquella dimensión de Machado prácticamente desconocida por los que lo consideran exclusivamente un poeta circunscrito a la inmediata realidad española»[1].

Aunque es evidente que en Machado hay una propensión a la filosofía desde sus primeros escritos, ésta no aparece explícitamente hasta muchos años después. Desde luego, se produjeron en su biografía una serie de factores que condicionaron esa dedicación de Machado a la filosofía, y entre ellos son indudables los siguientes: el contacto con el campo castellano durante su estancia en Soria acrecentó la propensión meditativa inicial, que recibió también un fuerte impulso de los cursos que siguió con Henri Bergson en París durante el curso 1910-11, la muerte de su primera esposa, Leonor, con el trauma psíquico que ello produjo en el poeta fue un

[1] José Luis de la Iglesia, Ana Lucas, Juan Manuel Martínez, Francisco José Martínez, Luis Martínez de Velasco, *Antonio Machado y la filosofía,* Madrid, Orígenes, 1989. El texto citado está recogido en la portada del libro, que parecen haber redactado los propios autores.

elemento importante en el acrecentamiento de aquella propensión; si a todo lo anterior añadimos su cada vez más frecuente lectura de Unamuno y el contacto epistolar con el filósofo vasco, el reencuentro con el paisaje de su Andalucía natal durante sus años en Baeza y los cursos que, como alumno libre, siguió en la Universidad de Madrid entre 1915-18, no es extraño que ese conjunto de condicionantes precipitaran una cada vez mayor dedicación a la filosofía, que no dejó de intensificarse hasta el final de sus días, como resulta fácil de probar si nos remitimos a las prosas incluidas en *Los complementarios* (1912-1926), colaboraciones periódicas diversas, *Juan de Mairena* (1936-39) y las numerosas prosas aparecidas en *Hora de España, La Vanguardia,* etc., etc.[2]

El «estado de la cuestión» al respecto no es difícil establecerlo, leyendo algunos de los estudios dedicados a la filosofía de Antonio Machado por sus numerosos estudiosos[3]. A la vista de ello, creo que pueden admitirse como conclusiones las siguientes:

1. Machado es plenamente un filósofo, si bien hay que incluirle dentro de la tradición asistemática y ametódica de la filosofía.
2. La filosofía machadiana está estrechamente vinculada a la poesía, pues nace de modo eminente de una reflexión filosófica sobre la misma.
3. En lo anterior, Machado no se diferencia de otros filósofos de cualquier tiempo que realizaron su tarea reflexiva sobre la base de otros conocimientos previos.
4. El hecho de que Machado se exprese filosóficamente a través de la poesía o de prosas literarias, le incluye dentro de la tradición hispánica de la filosofía, donde ésta se expresa a través de formas predominantemente literarias.

Como ha sido puesto de manifiesto en numerosas ocasiones, la estructura filosófica del pensamiento de Machado tiene como coordenadas la contraposición entre lo que él llamaba la «lógica racional» y la «lógica poética», cuya primera intuición aparece ya en un famoso poema de *Campos de Castilla,* que dice así:

---

[2] Estas prosas, desconocidas por razones políticas durante muchos años, pueden consultarse en la edición de *Obras Completas* (2 tomos), a cargo de Oreste Macrí y Gaetano Chiappini, Espasa-Calpe, Madrid, 1988. Las citas las haremos por esta edición.

[3] Entre ellos son obligada referencia los siguientes: Mariano Quintanilla, *El pensamiento de Antonio Machado* (1952); Eugenio Frutos Cortés, «La esencial heterogeneidad del ser en Antonio Machado», en *Revista de Filosofía,* números 69/70, 1959; Pablo de A. Cobos, *El pensamiento de Machado en Juan de Mairena* (1979); A. Sánchez Barbudo, *El pensamiento de Antonio Machado* (1974): Eustaquio Barjau, *Antonio Machado: teoría y práctica del apócrifo* (1975).

Hay dos modos de conciencia:
una es luz, y otra, paciencia.
Una estriba en alumbrar
un poquito el hondo mar;
y otra, en hacer penitencia
con caña o red, y esperar
el pez, como pescador.
Dime tú: ¿cuál es mejor?
Conciencia de visionario
que mira en el hondo acuario
peces vivos,
fugitivos,
que no se pueden pescar,
o esa maldita faena
de ir arrojando a la arena,
muertos, los peces del mar[4].

Aparecen aquí, de forma todavía no expresa, pero sí tácitamente, al menos intuitivamente, los conceptos de lo que después llamará la «homogeneidad del pensar» y la «heterogeneidad del ser», desarrollados por extenso en *Juan de Mairena* y en *Los complementarios,* con derivaciones de gran actualidad para los filósofos de hoy por su afinidad con las llamadas filosofías de la «diferencia».

Mediante los conceptos mencionados, Machado intenta superar el solipsismo idealista del siglo XIX y el subjetivismo que le subyace, en un esfuerzo por acceder a la realidad del *otro:* el tú esencial. En torno a esta problemática gira toda la preocupación machadiana por el Cristo como opuesto al Sócrates de la tradición racionista occidental. Desde nuestra óptica de hoy, es evidente que en la meditación machadiana hay una revisión crítica de los planteamientos de la «modernidad» que le acercan a actitudes «posmodernas». Esta afinidad se aprecia, sobre todo, en las consideraciones que hace sobre el concepto de «apócrifo», con las evidentes implicaciones filosóficas del mismo.

El punto de partida para un primer acercamiento a dicho concepto debe ser la ya mencionada contraposición entre la «fe racional» —a la que le lleva su interés por la filosofía— y la «fe poética» —resultado de su experiencia como poeta—. Entre ambas se produce un choque inevitable que evidencia su incompatibilidad; él mismo lo dice con estas palabras: «Estas dos creencias a que aludimos son tan radicalmente antagónicas que no admiten, a mi juicio, conciliación ni compromiso pragmático; de su choque saldrán siempre negaciones y blasfemias, como chispas entre pedernal y eslabón»[5]. Aquí la «fe racional» se confunde con un solipsismo intelectual centrado sobre el yo individualísimo y la «poética» con la creencia cristiana en la comunidad humana, la cual nos revela la incapacidad del yo para

[4] «Proverbios y cantares (XXXV)», en *Campos de Castilla; O.C.*, I, p. 577.
[5] «Juan de Mairena», *O.C.*, II, p. 2.071.

bastarse a sí mismo, apareciéndonos pleno de alteridad absoluta. Mediante el cristianismo adquirimos conciencia de la incurable «otredad de lo uno» o, según la expresión de Abel Martín, de «la esencial heterogeneidad del ser». Ahora bien, llegar a ésta desde la homogeneidad del pensar supone un salto cualitativo injustificable desde la lógica estricta.

Este choque entre «fe racional» y «fe poética» le plantea a Machado el problema de la lógica. Es una cuestión que le preocupa hondamente como puede apreciarse en las reflexiones numerosas que dedicó a la lírica en los últimos quince años de su vida; en las páginas que dedicó a Moreno Villa plantea el problema en estos términos: «El poema sería ininteligible, inexistente para su propio autor, sin esas mismas leyes del pensar genérico, pues sólo merced a ellas puede el poeta captar el íntimo fluir de su conciencia, para convertirlo en objeto de su propio recreo. Mas, satisfecha esta exigencia lógica, sin lo cual el poema comenzaría por no existir, surge el problema específico de la lírica. Estos elementos lógicos, conceptos escuetos o imágenes conceptuales —insisto en llamar así a las que sólo contienen conceptos, juicios, definiciones, y no intuiciones, en ninguno de los sentidos de esta palabra— podrán ser asociados, disociados, barajados, alambicados, trasegados, pintados con todos los colores del iris o abrillantados con toda suerte de charoles, pero nunca alcanzarán por sí mismos un valor emotivo. Son elementos constructivos que pueden y hasta, en rigor, deben estar ocultos, marcando la estructura genética, proporciones y límites. Pero el organismo del poema requiere, además, los elementos fluidos, temporales, intuitivos del alma del poeta, como si dijéramos la carne y sangre de su propio espíritu. No es la lógica lo que el poema canta, sino la vida, aunque no es la vida lo que da estructura al poema, sino la lógica»[6].

De acuerdo con este planteamiento, Machado intenta encontrar una tercera vía en la que el poeta —sin perder una cierta estructura lógica del poema— pueda expresar la melodía íntima y espiritual que inspira su creación: la lógica propia de la «fe poética», alcanzada en comunión con el pueblo. Aquí es donde aparece la función propia de los «apócrifos». En Machado el concepto es asimilable al latino de *absconditus,* identificado con lo «supuesto» o «fingido». Aunque no lo define en ningún momento, es indudable que —visto desde su intimidad— el mundo que llamamos real y en el que vivimos o creemos vivir es «esencialmente apócrifo»: «un cosmos o poema de nuestro pensar —dice—, ordenado o construido todo él sobre supuestos indemostrables, postulados por nuestra razón, que llamamos principios de la lógica, los cuales reducidos al principio de identidad, que los resume y reasume a todos, constituye un solo y magnífico supuesto»[7].

Es claro que este mundo *supuesto* o puesto por el pensamiento es una construcción humana, o si queremos, una *invención,* de acuerdo con el principio de la imaginación que está en la base de esta filosofía.

---

[6] «Reflexiones sobre la lírica», *O.C.*, II, pp. 1.652-1.653.

[7] «Juan de Mairena», *O.C.*, II, p. 1.998.

Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa,[8]

de acuerdo con una de sus famosas coplas, lo que acompaña con reflexiones en prosa muy pertinentes: «el hecho de que nuestro mundo esté todo él cimentado sobre un supuesto que pudiera ser falso, es algo terrible o consolador —según se mire»[9].

En ese mundo creado —inventado por el poeta hay que inscribir la experiencia humana e intelectual vivida por Machado a partir del año en que se instala en Segovia (1919). En él se enmarca, desde luego, su amor por Guiomar:

Guiomar, Guiomar
mírame en ti castigado,
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar[10].

Guiomar —amada inventada por el poeta— era, sin embargo, una persona de carne y hueso, cuyo nombre hoy conocemos —Pilar de Valderrama—; lo que ocurre es que todos de alguna manera somos inventores de nuestro mundo y hasta de nuestros sentimientos. Por eso dice:

Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás[11].

Pero la amada, sí existió, como hemos dicho; lo que ocurre es que fue recreada —inventada— apócrifamente por el propio Machado. En este sentido, podemos decir que Guiomar es una amante apócrifa, y hasta incluso afirmar que es uno de los apócrifos de Machado, de la misma categoría que lo son los llamados poetas-apócrifos, por antonomasia. En el mismo orden de realidad, hay que incluir el apócrifo que aparece con el nombre de «Antonio Machado». Como sabemos, éste es uno de los que forman parte de la lista de catorce poetas-apócrifos, tras cuyo nombre añade:

«Nació en Sevilla en 1875. Fue profesor en Soria, Baeza, Segovia y Teruel. Murió en Huesca en fecha todavía no precisada. Alguien lo ha confundido con el célebre poeta del mismo nombre, autor de *Soledades, Campos de Castilla,* etc.»[12].

---

[8] «Proverbios y cantares (XLVI)», en *Nuevas Canciones, O.C.*, I, p. 635.
[9] «Juan de Mairena», *O.C.*, II. p. 1.998.
[10] *O.C.*, I, p. 731.
[11] *Ibidem.*
[12] «Los complementarios», *O.C.*, II, pp. 1.270-1.271.

Como vemos, los datos biográficos coinciden con los del mismísimo Antonio Machado, salvo en lo que se refiere al destino en Teruel y a la muerte en Huesca, colocando así en clave de futuro los deseos más íntimos del poeta-filósofo.

La crítica ha dado mucha importancia a otros apócrifos, como Juan de Mairena y Abel Martín, pasando por alto la significación de otros no menos importantes, muy principalmente este «Antonio Machado», filósofo creador de la teoría de lo apócrifo —apócrifo él mismo— y autor de una filosofía nueva superadora del solipsismo decimonónico; creador, en este sentido, de un mundo nuevo opuesto al antiguo de la pasada centuria. Sin duda, el «filósofo» que Antonio Machado quería ser.

JOSE LUIS ABELLAN